

LETRAS

letrillas

LETRONES

HISTORIA

El Mago de (San J) Oz (é)

Luis González recibió hace poco la Medalla “Belisario Domínguez” correspondiente al año tres del milenio en curso. Nací, históricamente hablando, bajo la buena estrella de Luis González. En 1964, Fernand Braudel, el glorioso cacique de la historiografía francesa del momento, me sometió a una ruda prueba, cuando me dio a reseñar los primeros tomos de la *Historia moderna de México*. Aprendí entonces los primeros rudimentos de español y se me grabó el gran capítulo, de hecho un verdadero libro, intitulado “La tierra y el hombre”. No sabía que al año siguiente, cuando llegaría al Colegio de México gracias a J.B. Duroselle y a don Silvio (Zavala), mi “jefe” sería precisamente Luis González, el autor de “La tierra y el hombre”. Tenía entonces cuarenta años, un bigote y un mechón

negro que lo hacía parecerse a Clark Gable. Experimenté enseguida su aguda inteligencia, su irreverencia y su gran generosidad, redoblada por la de su esposa Armida de la Vara.

A las pocas semanas, me llevó a San José de Gracia, su pueblo natal, tan importante para él como San Gabriel para Juan Rulfo o Zapotlán el Grande para Juan José Arreola. Conociendo a esos rancheros, sus parientes, a sus padres don Luis y doña José, a sus tíos y tías, doña Rosa, doña María, don Bernardo, el Padre Federico, entendí a Luis González. Su mamá me contó cómo, en tiempo de la Revolución, tuvieron que salir huyendo, abandonando todo, “salir con lo puesto” y con el niño Luis. San José, junto con otros pueblos vecinos, se había levantado en 1927 contra el gobierno de don Plutarco, para defender su fe y sus tradiciones. El pueblo pagó caro semejante atrevimiento. El ejército federal respondió con la orden de expulsar a ancianos, mujeres, niños, ganado y perros que seguían viviendo

en San José. Se les concedió un día entero para que abandonaran sus casas y pertenencias. Enseguida el caserío fue incendiado. Don Luis, doña José y su niño anduvieron errantes por tres años, azorados, sin empleo y sin beneficio. En 1930 se les permitió volver al montón de escombros a que había quedado reducido el pueblo. Quizá en aquellos primeros años de su vida, Luis González aprendió a abominar de la violencia y a desconfiar de los discursos oficiales; de ahí surgió esa incomformidad tranquila, ese discreto y tenaz anarquismo no violento.

Su crianza en todo momento fue apacible, y los recuerdos de su infancia son tan positivos que nunca dejó de volver a San José. Y eso que la vida no era fácil: “Había muchas razones para sufrir: frío, miseria, robos, asesinatos, desaparición de animales, muertes violentas, usureros, plagas, sequías y peleas que las más de las veces terminaban mal.” El afecto de los suyos compensaba todo aquello, y recuerda que nunca entró en conflicto con quienes “me impartían la crianza, quizá por haber sido criado a las buenas, sin golpes ni amenazas”.

Alumno de los jesuitas en Guadalajara, soldado, cabo y sargento artillero durante la Segunda Guerra Mundial, empezó en 1946 la gran aventura del Colegio de México, en el Centro de Estudios Históricos, en tiempos de Alfonso Reyes, Daniel (don Daniel) Cosío Villegas y (don) Silvio Zavala. Una beca francesa completó su aprendizaje como historiador en el taller de don Daniel, en esa fragua de la ambiciosa y monumental *Historia moderna de México* y también de la revista de *Historia Mexicana*.

En 1967 se dio la gran “ruptura epistemológica”, para no hablar como Luis González. Decidió, contra la opinión de los que solían decidir las tareas adecuadas para él, pasar su primer año sabático en San José de Gracia, que no en París, Austin o Madrid; con sus padres ya grandes, con sus seis hijos, todavía chicos y, por supuesto, con Armida. Es cuando investigó y escribió la *Historia Universal de San José de Gracia*, que

salió de la imprenta con el título ya universalmente conocido de *Pueblo en vilo*, *best-seller* traducido al inglés y al francés.

Desde aquel entonces, Luis González se ha liberado de todas las convenciones y ha seguido el camino de Luis González.

Nunca olvidó la cultura de sus padres, ni tampoco la de sus abuelos: de sus abuelos indios, españoles (aquí se incluyen árabes y judíos) y negros también. Luis González, mestizo por los cuatro costados, como José María Morelos, su compatriota de la patria regional (que él llama “matria”), ha conservado de sus orígenes el gusto por el habla sencilla y sabrosa. Esto ha hecho de él un hombre de tertulias y sobremesa, un profesor tan claro como ameno, un historiador convencido de que la historia no tiene por qué ser de difícil acceso y que los historiadores no tienen por qué volverse pedantes. Por lo mismo es capaz de decirnos, sin ninguna jactancia, cosas muy importantes, tan importantes y tan tranquilamente dichas que ni nos damos cuenta de que lo son. Amigos lectores, no se dejen engañar por la transparencia del estilo y por la claridad del pensamiento. Esas evidencias son serias. Luis González no olvida nunca que la mitad negativa de la historia de una nación es una historia de odios: odios hacia fuera, a los “otros”, los que son diferentes, obviamente diferentes; pero también odios hacia adentro, a los que llegamos a odiar más porque no son tan diferentes. Odio de un barrio contra el otro, de un pueblo contra el vecino, de los abajeños contra los alteños, de los de la sierra fría contra los de la tierra caliente, de los costeños contra los de tierra adentro, de la ciudad contra el campo, del criollo, del indio, del mestizo, del ladino, del... Es un cuento de nunca acabar.

Luis González no olvida el resentimiento y sabe todo sobre la pesada herencia del pasado que marca, para bien y para mal, el nacionalismo mexicano. Sabe que la historia ha visto nacer a la nación mexicana en varias etapas más o menos violentas, alternando con periodos de larga paz.

Recoge generosamente la aportación de cada grupo, etnia, raza, clase, gremio: “¿Qué hubiera sido de los males de amor sin talismanes y amuletos de factura negra?” En todo encuentra el elemento positivo, lo que no deja de ser sorprendente en un hombre que no abraza ninguna ilusión sobre la supuesta bondad de los hombres y de sus construcciones, especialmente las grandes naves que son las ciudades y los Estados. Así, ve en el mexicano un “nuevo hombre que no sólo es el producto de la suma de los elementos culturales que entraron en contacto, sino, en todo caso, del choque, en la intimidad de su espíritu, de mundos contrapuestos”.

Hombre de su familia, de su pueblo, de su región, de su nación y de su gremio profesional, consciente de la diversidad de tales raíces, Luis González es liberal en política porque sabe que la riqueza de una cultura nacional depende de la variedad, de la pluralidad, de la vitalidad de múltiples diferencias de toda índole, que no pueden ni deben ser aniquiladas.

Lúcido, el autor nos interpela: “Suave patria, revela ya tu verdadera historia” y distingue entre “lo defendible y lo arrasable”; nos dice que la memoria histórica colectiva debe ser selectiva, como la de los hombres. Para vivir, es necesario recordar, pero también es necesario olvidar. Los médicos, los neuropsiquiatras y los ingenieros en computación lo saben muy bien: un exceso de memoria enferma, a veces hasta la locura. Luis González distingue a maravilla entre lo dañoso y lo nutritivo, y nos dice “cuál es el lastre que conviene mantener para no quedar como hoja en borrasca y cuál destruir para no hundirse como piedra en pozo”.

Nos da un signo de esperanza: sí, uno puede librarse de la mitología, de los mitos nacionales, étnicos, religiosos o de cualquier otro tipo, sin dejar de ser solidario con su país, con los suyos.

La historia no es una memoria biológica ni una tradición colectiva, es lo que la gente aprende en la escuela, en los libros, en el cine y televisión. Por eso, nos dice Luis González, es importante que

los historiadores recuerden su responsabilidad que consiste, ante todo, en permanecer al margen de las pasiones de la política, de la identidad, incluso —y especialmente— si las comparten, lo que es demasiado humano para ser evitable.

Así, Luis González ha luchado contra la “historia de bronce”, la de los héroes oficiales y de los grandes hombres, para rescatar la historia humilde y cotidiana de los pueblos y de las provincias; ha sido el padre reconocido de la “microhistoria” y de la historia regional. Sin embargo, por una ironía de la historia, el hombre de la libre palabra (defendida hasta la muerte por el senador Belisario Domínguez en su lucha contra la opresión huertista), de la libre palabra aplicada al campo de una historia liberada de todas las versiones oficiales o partidistas, ese hombre enemigo de la historia de bronce ¡¡¡tiene ya su estatua de bronce en su pueblo natal!!!

San José está lleno de estatuas, pero aquellas no obedecen a una temática impuesta por el Estado, sino a la expresión muy consciente del patriotismo local: ahí están los barbudos padres fundadores, los abuelos de don Luis; luego siguen los curas de la etapa del gobierno teocrático de los “caciques sin pistola”; ahí están los héroes de la acordada que se sacrificaron para salvar al pueblo de las hordas de Inés Chávez García; y en forma genérica, colectiva, anónima, los caballos de metal a la entrada de ese pueblo ganadero, y a media loma, una pareja de rancheros de piedra...

Don Luis, rancharo sin caballo, me enseñó a leer, en su maravillosa biblioteca de San José, a Borges y Chesterton, a Belloc y a Valéry, a Ortega y a Reyes, y también a Amado Nervo, injustamente despreciado por la gente culta, y siempre cultivado por los novios. Él me leyó repetidamente —y Armida se la sabía de memoria— esa poesía que se llama “En paz” y que dice:

... yo te bendigo, vida,
porque nunca me diste esperanza
fallida
ni trabajos injustos ni pena

inmerecida. [...] Hallé sin duda largas las noches de mis penas mas tú no me prometiste tan sólo noches buenas, y en cambio tuve algunas santamente serenas. Amé, fui amado, el sol acarició mi faz. ¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!”

– JEAN MEYER

POLÍTICA

La música de cámara de López Obrador

La primera tarea de César Yáñez, director de comunicación del gobierno de la capital, es alinear, como pequeñas partituras, cinco o seis periódicos en la oficina de su jefe. A las seis y media, minutos antes de salir a darle los buenos días a los reporteros, Andrés Manuel López Obrador echa un vistazo a los encabezados y compone el discurso: es injusto el linchamiento al arzobispo de Guadalajara, el secretario de Hacienda miente al decir que el Apocalipsis está por caer sobre el país, gravar alimentos y medicinas es “bolsear al pueblo”. Por lo general consigue el objetivo: fijar el tema, poner a medio mundo a discutir sobre lo que él dijo en la madrugada. Día con día. A base de horas hombre, buena organización, pinceladas ideológicas y mucha improvisación.

López Obrador no debe haber leído a Toni Morrison, aunque comparte con ella la certeza de que la improvisación es lo más individual que uno puede imaginar, pues ni la persona que lo está haciendo sabe qué ocurrirá después. Pero a las siete y media, antes de desayunar, el jefe de gobierno da un giro, deja de tocar de oído y se pone a estudiar con rigor de científico el presupuesto de un hospital, o el currículo de un asambleísta, o los resultados de las encuestas que él mismo manda hacer, día con día. De ese arreglo entre el jazz y las ecuaciones han surgido piezas im-



AMLO: jazzista.

pecables (frenar y mermar la figura del presidente Fox para luego resguardarlo como aliado, por ejemplo) y desatinos colosales, como el zigzag escalofriante en la querrela del Paraje San Juan.

A finales de septiembre, López Obrador comenzó a deslizar entre la gente de sus confianzas la idea de que, a partir de ese momento, la marcha a la candidatura presidencial atravesaría caminos y callejones peligrosos durante quince meses. De la habilidad para burlar las emboscadas dependerían sus posibilidades de llegar vivo y fuerte al preliminar 2005. Con veinte puntos de ventaja sobre sus adversarios en las principales encuestas, el cálculo recomendaba administrar la delantera. La intuición, sin embargo, vio en el riesgo una nueva oportunidad para ampliar el margen y, de paso, dar una lección memorable. Enfundado en sus ochenta puntos de popularidad, y sin importarle que ya fuera octubre, sintió que era hora de retar a la parte más corrupta del sistema judicial.

Pero en las tempranas escaramuzas de la cruzada del Paraje San Juan, López Obrador se dio cuenta que lo primero que había hecho era despertar a un coro feroz que le recordará largo tiempo su desafortunada frase de que jamás pagaría los mil ochocientos millones de pesos a la persona cuya propiedad había sido expropiada por el gobierno de la ciudad hace catorce años. No pagaría aunque se lo ordenara la Suprema Corte de Justicia. No pagaría porque hacerlo sería inmerecido, indigno, inmoral, injusto.

Fue el error político más grave en tres años de gobierno. No tuvo el talento para discernir entre ministerios públicos prostituidos y magistrados escrupulosos, entre razón jurídica y jueces miserables. Le sirvió así un apetitoso banquete a quienes habían carecido de imaginación para criticarlo y ahora pueden decir que el populista, el iluminado, se quitó el antifaz y, como Stalin o

Fidel Castro, puso su idea de justicia por encima de la ley.

López Obrador no es suicida ni cree en la superioridad indefinida de la mentira. Improvisó mal y se dio cuenta que debía encontrar, rápido, un recurso que debilitara la percepción de que es un gobernante irresponsable y sospechoso. El cálculo trigonométrico le dio la orientación para detectar a un buen equipo de abogados. Días después del disparate, de “el pueblo se cansa de tanta pinche transa”, del “desacato” a un caso juzgado por la Suprema Corte, halló la fórmula para regresar al “marco de la ley” sin tener que pagarle un centavo a la, según él, pandilla de especuladores y pervertidores de jueces y ministerios públicos que lo había derrotado en las cortes.

La fórmula se llamaba nulidad de juicio concluido por fraudulento. Impeccable. Le permitiría salir bien librado en los tribunales, la política y los medios de comunicación. *Grosso modo*: es un recurso para demostrar que un juicio fue llevado en forma fraudulenta, ya sea porque se mantuvo al juez en el error, o porque se lo condujo a que pensara alguna cosa que no era cierta; así, otra autoridad judicial puede verificar que estuvo en pleito lo que no debería haber estado. Es un recurso común. Y como el caso del Paraje San Juan parece ser una plaga de imprecisiones, alteraciones de contratos originales, firmas falsificadas y personajes que testificaron después de muertos, no habría autoridad que le negara la entrada.

El propio presidente del Tribunal

Superior de Justicia del Distrito Federal, Juan Luis González A. Carrancá, bendijo ante la opinión pública la propuesta de pedir la nulidad de juicio concluido por fraudulento. “Desde luego que puede iniciarlo”, comentó. “Hay una sentencia firme de la Suprema Corte que debe ser respetada. Pero quienes conocemos el Derecho sabemos que si se llegó a una situación en donde hubo algún elemento de fraude, en donde se violentó el procedimiento, entonces existe la posibilidad de rectificar. El jefe de gobierno puede promover ese juicio”.

Pero la improvisación volvió a desquiciar lo que las ecuaciones habían conseguido corregir. En vez de salir a explicarle el recurso a los opinadores embravecidos, bastante desinformados en materia de leyes, por cierto, y a los políticos deseosos de pegarle un tiro en la frente al justiciero; en vez de presumir un recurso que, cuando menos, le daría un año y medio de tregua judicial; en vez de celebrar su acierto jurídico, López Obrador le echó tierra y, al grito de “nunca pagaré”, se fue a la caballeriza, tomó una lanza nueva, se encomendó a Charlie Parker y salió a pelear una segunda cruzada, aún más delirante que la primera.

Misha Maiski, el virtuoso violonchelista báltico, dijo hace unos días al iniciar una gira que la técnica es un gran aliado, pero que en la música lo que importa son las emociones. ¿Puede trasladarse ese concepto a la política? Quizá ésa sea la duda epistemológica de López Obrador después de las angustias del Paraje San Juan: las emociones de la política no son, necesariamente, las de la música, ni las de la literatura de Toni Morrison; ni siquiera las de los cuentos de príncipes y dragones.

Al regresar de la segunda cruzada, y mientras le desinfectaban las heridas, el jefe de gobierno celebró que la Suprema Corte hubiera aceptado revisar los términos de la sentencia de amparo del caso Paraje San Juan, independientemente de lo que hubieran resuelto las instancias inferiores. Y no dejó correr un minuto para expresar que acataría

otra sentencia de la Corte que obligaba a su gobierno a pagar 107 millones de pesos al, por él tan despreciado, gobierno de la Delegación Miguel Hidalgo, en manos de unos irreverentes, pero eficaces jóvenes del Partido Acción Nacional. No es suicida, ni cree en la superioridad indefinida de la mentira.

¿Cuánto terminará pagando López Obrador por los equívocos de esta historia? Las encuestas de principio de noviembre indicarían que el episodio de San Juan no sólo no le quitó popularidad, sino que más mexicanos se enamoraron profundamente de él. Pero la imagen de personaje mesiánico al margen de la ley, o la caricatura de rebelde profascista que intelectuales y rivales políticos le fabricaron, con mucha habilidad y poco análisis, debe terminar por afectarlo. Severamente. La descalificación del Consejo Coordinador Empresarial, caracterizándolo como una suerte de rufián anárquico, es un botón de muestra de lo que puede venir en los quince meses de “riesgo”, el preliminar 2005 y, si para entonces *vive*, el electoral 2006.

Esa supervivencia dependerá, no tanto de burlar las emboscadas, sino de la capacidad que tenga para poner las matemáticas y la lógica formal a salvo de los placeres de la improvisación. O cuando menos en el mismo plano. No será fácil, pues, en política, Andrés Manuel López Obrador ama la música de cámara. Como gobernante poderoso, sabe lo que es la excitación previa a un concierto con orquesta; pero lo que más ama es la comunicación directa, la complicidad y el estímulo continuo de la música de cámara, que, a fin de cuentas, es siempre música entre amigos. —

— CIRO GÓMEZ LEYVA

ENCUENTROS

Bebiendo con Dylan Thomas en Nueva York

En el aeropuerto del Galeón, esperando abordar el moderno *Constellation* que me llevaría a Nueva York en más o menos veinte horas, un

sujeto me preguntó por qué no iba, como él, a Europa, a París, en vez de perder mi tiempo en Estados Unidos. Había desdén en su voz. Los *connaisseurs* de nuestra burguesía aún no habían descubierto Manhattan. Era 1953, septiembre.

“Times Square es igualita a la Rua Larga”, dijo convencido.¹ Y tal vez tuviera alguna razón; ambas eran sucias y pobladas por una plebe de tontos y gente muy pobre; en Río, miran las armas en los aparadores de las tiendas de caza y pesca, y en Manhattan los letreros luminosos de los cines y teatros. En las mañanas de los días hábiles, cientos de individuos de dientes cariados y ropa descolorida ocupaban las banquetas de la Rua Larga, caminando en el sentido de la avenida Rio Branco “como una enorme oruga”. En Times Square, era por la noche cuando provincianos y burgueses y delincuentes se mezclaban en un ambiente rufianesco de quimera y violencia. Dos calles amenazadoras.

Al llegar a Nueva York, me fui a vivir al Hotel Albert, que tenía la vejeidad de llamarse *The Albert*. Estaba en una calle, University Place, cercana a Greenwich Village. Fue allí donde treinta años antes residí y escribí uno de sus libros Thomas Wolfe, adonde llegó venido de Harvard para enseñar en la Universidad de Nueva York.

The Albert era un hotel en ruinas que todavía ostentaba algo de su antiguo esplendor. Las lámparas de cristal cortado hacían brillar los pasamanos de metal de sus escaleras, y los rojos tapetes agujerados le daban un aire decadente, pero grandioso y digno. Pasadas algunas noches, sin embargo, The Albert comenzó a parecerme siniestro. Las luces de mi enorme habitación eran débiles y, en la penumbra amarillenta, las cortinas y los muebles oscuros me entristecían. En aquel cuarto leí a Wolfe por primera vez. Uno de los

¹ En la vieja Río de Janeiro hubo, hasta 1903, una Rua Larga (calle larga) y una Rua Estreita (calle estrecha) de São Joaquim. Ese año las unieron en la Avenida Marechal Floriano Peixoto, que desemboca en el mar. Pero la gente siguió llamándola Rua Larga. (N. de la R.)

porteros del hotel, un negro de cabellos blancos y una inofensiva afición a mentir, me aseguró que yo estaba en el mismo cuarto de Wolfe, y que él había visto al escritor trabajando —esto es, rasgando los papeles que escribía. “*Writers are crazy people*”, dijo. El libro que Wolfe escribió en ese entonces fue *Of Time and the River*. Es la historia de un joven que sale de casa para estudiar en una universidad distante, esperando huir de los recuerdos de su infancia y convertirse en un gran escritor; sufre decepciones amorosas, viaja al extranjero y entonces esos recuerdos, que él pensaba haber borrado de su memoria, vuelven todos —nombres de ríos y accidentes geográficos, calles, colores, olores y sabores, los rostros de su familia. Movidio por la nostalgia y reconciliado consigo mismo, el joven vuelve a casa.

En The Albert sufrí de insomnio, lo que me llevó varias veces a salir por las calles, casi siempre rumbo a Washington Square, que quedaba cerca del hotel. Cubierto con un abrigo grueso, negro, que había comprado tan pronto como llegué, me acostaba en el círculo de cemento del centro del parque, con la cabeza apoyada en el borde que lo circunda, y me quedaba viendo al cielo, mirando el día rayar y al sol hacer refulgir las alamedas cubiertas de rojizas hojas otoñales, mientras unos vagabundos, hombres y mujeres, me pedían cigarros y me contaban sus desgracias, siempre con un hondo aliento de alcohol que ni el frío húmedo conseguía disipar.

Antes de septiembre terminé mudándome y me fui a vivir, la primera de muchas veces, al Chelsea. El Hotel Chelsea estaba en la Calle 23, entre la Séptima y la Octava avenidas. Alguien lo tildó de “anomalía gótica victoriana”, debido tal vez al tejado de pizarra, a las torres y balcones de hierro forjado. Construido en 1884, fue, desde aquella época, residencia de artistas y escritores. Fueron sus huéspedes permanentes Mark Twain, William Dean Howells, O. Henry, Edgard Lee Masters, James T. Farrell, Mary McCarthy, Virgil Thomson (el compositor), Brendam Benham, Nelson Algren, William Bu-

rroughs, Vladimir Nabokov, Gregory Corso, Arthur Miller, Julius Lester y otros, inclusive Wolfe, huésped en 1937 y 1938, probablemente evadido, como yo, del Albert. En el Chelsea, Wolfe terminó sus dos últimos libros, antes de viajar para Baltimore. Seguramente no existió hotel en este planeta donde hubieran residido tantos escritores importantes. Una investigación en los libros de registro del Chelsea revelaría aún a varios otros, no sólo americanos y europeos, sino también de otras partes del mundo. El edificio se consideraba monumento histórico de la ciudad, y su fachada ostentaba una placa de bronce con el nombre de algunos de sus ilustres ocupantes.

Pasé a frecuentar el bar del Chelsea. (Después transformado en un restaurante español llamado Don Quijote, donde, por lo menos hasta 1977, se bebía buen vino y se comía una paella mediterránea.) El bar estaba lleno de escritores y artistas, principalmente de teatro y de las artes visuales. Entre ellos se destacaba Dylan Thomas, tenido por uno de los más importantes poetas de su generación. Oriundo de Gales, publicó su primer libro, *Eighteen poems*, a los veinte años, y le fue reconocido enseguida como un trabajo de fuerte originalidad y talento. Dylan Thomas realizaba su cuarta *tournee* por Estados Unidos, y tenía una vez más un gran éxito, principalmente en Nueva York, por la manera violentamente emotiva con que leía sus poemas, y por la percepción penetrante con que trataba los temas del nacimiento y la muerte, la alegría, el dolor y la belleza. También era famoso por sus borracheras y groserías, que se perdonaban por ser él, como dijo uno de sus cronistas, John Brinnin, “el más puro poeta lírico del siglo veinte”.

Un día, estaba él recargado sobre la barra del bar y coincidió que quedaríamos uno junto al otro. Dylan bebía cerveza y whisky, alternados. No me acuerdo de qué conversamos. Recuerdo sus ojos ligeramente desencajados, inteligentes, con la luz que sólo existe en la mirada de los poetas que se despiden de la vida. A lo blanco de la esclerótica

lo cruzaban finas venas rojizas que parecían cambiar el color del iris. Su rostro era rollizo y vulnerable como un globo sin forma. La voz era levemente gutural, pero sin aristas, velada, aunque mostraba todas las tensiones de su mente. Los escritores alcohólicos son cosa común. Las conversaciones de borrachos no son para tomarse en serio. No le di importancia. Es así como los poetas más jóvenes tratan a los más viejos.

Pero al llegar a mi cuarto, antes de dormir, escribí, en una carta:

El bar era oscuro y encerrado; Dylan bebía encogido, parecía temer que le pisaran los pies, que se rieran de él, sintiéndose viejo e hinchado: esas pequeñas cosas horribles que nos suceden a todos borrachos, cansados y tristes. ¿Dónde estaría la furia? ¿Dónde, la ira contra la luz que se oscurecía en este bar del hotel de la Calle 23? A su lado sentí el aliento del animal finalmente domesticado: parecía dispuesto a entrar en la noche plena y misericordiosa de la a que habla en su poesía.

Durante la madrugada de ese día, una ambulancia vino a recoger a Dylan Thomas y lo llevó para morir en el hospital Saint Vincent. Era noviembre. Pronto llegó la nieve y no tardó mucho la ciudad en olvidar al poeta. —

— RUBEM FONSECA

Traducción de Lourdes Hernández Fuentes

POLÍTICA CULTURAL

Hacia un país de lectores sin librerías

Desde que el presidente Vicente Fox presentó *Hacia un país de lectores* hace poco más de un año, el nombre del plan se ha convertido en otro lema de la burocracia cultural, repetido una y otra vez como propaganda que promete un futuro ideal, mientras la realidad desmiente las buenas intenciones, porque ahora sabemos que, en esa futura Arcadia mexicana de lectores, comprar libros podría causar

impuestos. ¿Así se fomenta la lectura? En una nación con tan grandes desigualdades como la nuestra, la respuesta es obvia.

Ante el disgusto de los contribuyentes, el presidente Fox ha recomendado no prestar tanta atención a los impuestos sino a la inversión que se haría del dinero recaudado, un comentario en apariencia intachable, que comparten quienes desean un país más justo, de no ser porque el gobierno suele echarlo todo a perder utilizando los impuestos —recaudados con tantas molestias— para hacer inversiones muy criticables en infraestructura cultural, como la faraónica sede de la nueva Biblioteca “José Vasconcelos” o la recién anunciada sucursal del Fondo de Cultura Económica en el edificio del Cine Bella Época, en la colonia Condesa de la ciudad de México.

Este último proyecto de crear un centro cultural “con una de las mayores librerías del país y de Latinoamérica”, que se llamará “Rosario Castellanos”, decididamente es lamentable. Lo es porque la primorosa Condesa, una de las zonas mejor urbanizadas del país, poblada por gente con altos niveles educativos, lo que menos necesita es una megalibrería que, además, llegará a competir deslealmente con varias librerías pequeñas que funcionan desde hace tiempo en esa colonia privilegiada, entre otras cosas, porque contar con este tipo de pequeños comercios cerca de casa es un verdadero lujo en México.

Según un informe reciente de la Asociación de Libreros Mexicanos (ALMAC), los lugares que exclusivamente venden libros en todo el país son cerca de quinientos, mientras que 998 puntos de venta comparten el espacio con otro tipo de productos (entre los que no están incluidos los centros comerciales, considerados un inciso aparte en el “mapa librero en México”). ¿Un país de lectores? Por supuesto que estamos muy lejos de serlo, porque, aparte de que aquí no se fomenta correctamente la lectura en el sistema educativo, de que no existe una red amplia y eficiente de bibliotecas públicas, de que los libros

son artículos costosos (aun sin impuestos) para millones de personas, evidentemente no existe una red comercial que facilite el consumo de libros entre los lectores potenciales en regiones alejadas de las grandes ciudades, e incluso en amplias zonas del oriente de la ciudad de México, para no ir más lejos.

Con estas deficiencias ¿entonces por qué no abrir una gran librería a todo lujo en uno de tantos lugares de este país donde no existen comercios de este giro en kilómetros a la redonda? En primer lugar, porque en esos lugares suele vivir gente pobre, con poca escolaridad, sin interés por ningún tipo de libros excepto en septiembre, cuando comienza el ciclo escolar y la población se lanza a la compra masiva de libros de texto, que ahí, por cierto, se venden en las papelerías. Y en segundo lugar, porque una “amplia y moderna librería con espacio para conferencias, presentaciones de libros y con área de alimentos, además de un centro de promoción de la lectura infantil, el segundo en su tipo en nuestro país”, como se propone hacer el Fondo de Cultura Económica, no luciría, por ejemplo, junto al Cerro de la Estrella, en Iztapalapa, donde la población ilustrada no se asoma ni por equivocación; así que mejor debe crearse en el corazón de la Condesa, donde no hace mucha falta, cierto, pero quedará céntrica, a la vista de los ojos críticos, y será una prueba real (de cemento, cristal y madera) de que el gobierno está haciendo cosas para convertirnos en un país de lectores.

De esta manera queda claro que con obras llamativas, como la nueva Biblioteca “José Vasconcelos” y este centro cultural-librería del Fondo de Cultura Económica, se quiere tapar con un dedo el sol de estas carencias: la Asociación de Libreros se lamenta en su informe de que, desde 1995, la cifra de librerías ha decrecido cuarenta por ciento, y de que los socios, lejos de levantar

cabeza, aún resienten la crisis por “la excesiva regulación fiscal, la falta de financiamientos externos” (los pocos que hay cobran intereses muy altos) y porque “el estancamiento de la industria editorial de los últimos años ha propiciado una mayor caída en las ventas”, entre otras causas.

Y las consecuencias de esta crisis saltan a la vista en el informe: en España hay una librería por cada doce mil habitantes, en Costa Rica una por cada veintisiete mil, en Argentina una por cada quince mil, mientras que en México hay una por cada 97,000 habitantes. ¿Cuántas de las escasas librerías que hay en el país sobrevivirían al embate del diez por ciento de IVA a los libros? Entre los establecimientos particulares, no sabemos; entre las financiadas por el Estado (como la futura librería en el ex Cine Bella Época) seguramente todas: precisamente gracias a la propuesta de los nuevos impuestos. —

— JULIO AGUILAR

EFEMÉRIDES

Medio siglo esperando a Godot

En una página de sus diarios alemanes, fechada el 14 de febrero de 1937, Samuel Beckett escribió: “Agradable predilección por dos hombres flacos y lánguidos en sus paisajes, como en el pequeño paisaje lunar, el único tipo de romántico aún tolerable.”



Dos hombres contemplando la luna (1819), de Caspar David Friedrich.

Se refería a Caspar David Friedrich y su lienzo *Dos hombres contemplando la luna* (1819), que observó en la Gemäldegalerie de Dresde. Según su propio testimonio, la poderosa escena representada en ese cuadro fue el detonante de una de sus obras dramáticas mayores, la más célebre, *Esperando a Godot*.

Beckett tuvo desde siempre una profunda fascinación por cierto tipo de individuos, a los que convirtió en su “familia” —para usar la palabra con la que llamó al conjunto de sus personajes. En su infancia dedicaba largas horas del día a dibujar a los vagabundos y mendigos, que a su vez inspiraron a dos de sus influencias dublíneas: por un lado, el dramaturgo John Millington Synge; por el otro, el pintor Jack B. Yeats, autor de lienzos que podrían ilustrar cualquier edición de *Godot*: *Los muchachos de la esquina* (1910), *Los dos viajeros* (1942), *Hombres del llano* (1947-1948)...

Una experiencia personal daría el impulso definitivo a la redacción de la obra que nos ocupa. Beckett y Suzanne Deschevaux-Dumesnil, su mujer, se involucraron activamente en la Resistencia francesa durante la ocupación alemana. Cuando algunos de sus amigos comenzaron a ser detenidos por la Gestapo, decidieron refugiarse en el pequeño poblado de Roussillon d’Apt, al sur de Francia. Ahí vivieron entre finales de 1942 y principios de 1945, trabajando para un vitivinicultor. En ese período, el autor irlandés abandonó su lengua natal a favor del francés, el idioma en el que escribiría sus textos a partir de entonces y que le permitió encontrar su propia voz, alejado ya de la influencia temprana de su maestro James Joyce.

Obligado por las circunstancias a aislarse en una comunidad rural, Beckett se ejercitó en el acto insoportable de esperar: el mundo detenido, *suspendido*, una extensión interminable de hastío, de aburrimiento. En *El castillo*, Kafka habló de la espera en estos términos: “Ese estar allí en vano, aguardando un cambio día tras día, y una y otra vez de nuevo y sin esperanza alguna, agota y hace dudar y, finalmente, incapacita in-

cluso tanto para cualquier otra cosa como para este mismo estar desesperado.”

La imagen primera de los vagabundos terminó fusionándose con la de la pareja que *espera* la liberación de París. El resultado: una pieza teatral que, a estas alturas, ha producido tantos exégetas como *Hamlet*. Aunque se han estudiado todos sus posibles significados, cada uno de sus recovecos, en *Esperando a Godot* se impone una asombrosa simplicidad escénica atravesada por la reflexión sobre la espera, que se despliega como una metáfora de la agonía.

Hay un aspecto que, sin embargo, ha sido poco explorado, acaso porque los críticos prefieren concentrarse más en la profundidad filosófica del texto que en su genealogía literaria. Me refiero a la estirpe de Didi y Gogo, los personajes de *Godot*, que pueden ser leídos como el comentario final a una serie de parejas tragicómicas en la historia de la narrativa occidental, que nacieron (a la par de la novela moderna) con el Quijote y Sancho Panza.

El Caballero de la Triste Figura y su fiel escudero recorren el paisaje desolador de La Mancha amparados, principalmente, en el ímpetu desquiciado del primero. Pero en esos periplos sólo las palabras les ayudan a matar el tiempo. Cervantes ideó diálogos admirables en los que sus personajes, más que argumentar, pueblan el silencio aterrador con sus peroratas. En su interminable espera, Didi y Gogo (o Vladimir y Estragon, como se les llama en el libreto) hacen lo mismo, llenar la escena (y el universo) con esas “manchas en el silencio” (Beckett *dixit*).

Didi y Gogo son el fin de una descendencia, el Quijote y Sancho *después* de la historia, como cerrando un círculo abierto por sus lejanos ancestros: los personajes de la picaresca. Tienen en cuenta a todos sus parientes: Bouvard y Pécuchet, los guardianes de Josef K. en *El proceso*, los ayudantes de K. en *El castillo* o sus propios hermanos, Mercier y Camier. Pero también a toda una serie de cómicos fascinantes: Buster Keaton, Charlie Chaplin, Laurel y Hardy y los

hermanos Marx, sin olvidar a los lejanos pero siempre vigentes bufones shakespearianos. (Hay una lectura paralela del Quijote y Sancho dentro de la misma obra: el tirano Pozzo y el esclavo Lucky, que fraguan una especie de fin genealógico alternativo, animado por la crueldad.)

Los modelos de *Esperando a Godot* son de una variedad apabullante: el vodevil, la mímica, el cabaret, el circo (en última instancia, Didi y Gogo son un par de payasos *clochards*), el *music ball*, el cine mudo, la comedia, la farsa. Entre octubre de 1948 y enero de 1949, el período en el que fue redactada la obra, el autor irlandés reunió una serie de materiales tan diversos que su síntesis sólo puede atribuirse a una inteligencia y un talento descomunales.

Godot aporta, entre muchas otras cosas, una manera inédita de crear tensión dramática: a través del hastío. Los prolongados silencios, la ausencia de acción —de elementos propiamente dramáticos—, sumen al espectador en una extraña incomodidad, que termina convertida, gracias a diálogos magistrales, en un humor desesperado, una risotada que, ay, tiene muy poco de alegre. A cincuenta años de su estreno (el 5 de enero de 1953, en el parisino Théâtre de Babylone, bajo la dirección de Roger Blin), *Esperando a Godot* es ya un clásico indiscutible y, como ha visto Harold Bloom, seguirá siendo representada mientras exista interés por Shakespeare, o sea por la literatura.

Para terminar, formulo mi escena ideal. Casi al final del primer acto, Didi y Gogo esperan a Godot a un lado del camino, en la monotonía del páramo, apenas rota por el árbol que nace a un lado de ellos (el de Giacometti, Odéon Théâtre, París, 1961). El Muchacho acaba de irse, luego de avisarles que Godot no llegará ese día. Súbitamente se hace de noche y, bajo una luna pálida (la de Louis Le Brocqy, Gate Theatre, Dublín, 1988), Gogo parafrasea un par de versos de “A la luna”, de Shelley. (Beckett sólo incluyó ese pasaje en la versión inglesa.) El poema íntegro dice:

¿Estás pálida de hastío
de escalar el cielo y contemplar
la tierra,
vagando sin compañía
entre estrellas de orígenes distintos,
y siempre cambiando, como un ojo
sin alegría
que no encuentra un objeto digno de
su constancia?

– NICOLÁS CABRAL

DEMOCRACIA

El Leviatán electoral

En el mismo espíritu con el cual el ser humano tiene la capacidad de establecer “convenios mediante los cuales las partes (del) cuerpo político se crean, combinan y unen entre sí”, la sociedad civil, los partidos políticos y el gobierno federal formaron el Instituto Federal Electoral (IFE). De este modo, el Estado mexicano se dotó asimismo –entre 1991 y el 2003– de una institución de la democracia para la democracia; y así, a través del “arte del hombre”, se pudo crear “un animal artificial” que garantizase la lucha equilibrada entre las fuerzas políticas organizadas.

El IFE es el árbitro al que los partidos, a través de un convenio plasmado en la Constitución (Art. 41) y el Cofipe, se someten “por pactos mutuos, realizados entre sí, [instituyéndose] por cada uno como autor, al objeto de que pueda utilizar la fortaleza y medios de todos, como lo juzgue oportuno, para asegurar la paz y defensa común”. El IFE coronó un proceso de cambio democrático, que requirió la creación de una autoridad pública que introdujera legalidad, donde antes sólo había arbitrariedad y fraude, y certeza donde antes había conflicto e impugnaciones.

El establecimiento de reglas y un marco institucional para el desarrollo de la democracia resolvió en México uno de los mayores agravios históricos, y permitió no sólo la competencia electoral, sino que abrió las posibilidades de un verdadero desarrollo democrático por medio de la divulgación de la

cultura cívica y la salvaguarda de las libertades políticas individuales. La sociedad mexicana confirmó lo que Enrique Krauze, escribiendo justamente en los inicios de la llamada transición democrática, anticipaba: “La lección histórica es clara. Las sociedades más diversas y las estructuras más autoritarias descubren, sobre todo en momentos de crisis, que el *progreso político* es un fin en sí mismo.”¹

Y dicho progreso político se materializó en el IFE. En torno a esta institución convergieron los principios políticos y éticos que, sustentados en un amplio consenso democrático, le otorgaron a la autoridad electoral mexicana la confianza de la ciudadanía y el reconocimiento internacional. Las sucesivas reformas constitucionales –la de 1994, por medio de la cual se *ciudadanizó* el Consejo General, y la de 1996, en que se dotó de plena autonomía al Instituto– lograron conjugar lo mejor de la teoría democrática con un esquema legal e institucional que colocó al IFE como una verdadera institución democrática del Estado.

De hecho, habiendo organizado las elecciones presidenciales del 2000, en las que resultó triunfador un candidato de oposición después de siete décadas de gobierno ininterrumpido de un solo partido, el IFE alcanzó –en las encuestas de opinión– la más alta valoración entre prácticamente todas las instituciones públicas del país.² La contribución del IFE a la “transición votada”, utilizando el término afortunado del ex consejero electoral Mauricio Merino,³ confirmó la importancia estratégica que representa, para la paz social y la gobernabilidad democrática de México, el contar con un árbitro confiable.

En la historia del IFE, las biografías políticas han contado. El fortalecimiento del Instituto como una autoridad, a la vez imparcial –que no neutral– y

comprometida con el *cambio* democrático, se debió a la vinculación que nunca perdieron los consejeros ciudadanos (1994-96) y los consejeros electorales (1996-2003) con el proceso cultural, político y social de transformación y lucha –dentro del Estado de derecho– a favor de la democracia. Los orígenes intelectuales y políticos de José Woldenberg, primero consejero ciudadano y después presidente del IFE (1996-2003), ilustran bien a la generación que participó en el tránsito entre el Estado autoritario y monolítico y el nuevo Estado democrático y plural.

Por ello, dentro del proceso histórico de cambio democrático, el 31 de octubre corre el riesgo de convertirse en *Termidor*: el fin de la etapa de “progreso político”. La integración en esa fecha del nuevo Consejo General para el periodo 2003-2010 por parte de una mayoría calificada de la Cámara de Diputados (PAN, PRI, PVEM), con exclusión de una de las tres principales fuerzas partidistas (el PRD) ha producido un “déficit de confianza y credibilidad” en palabras de los principales intelectuales, analistas y políticos democráticos del país. El aval internacional a la imparcialidad e independencia de la autoridad electoral está bajo revisión. Y, aún más grave, parafraseando a Jesús Silva-Herzog Márquez, se “inventó un problema donde no lo había”, lo que puede llegar a poner en jaque la organización del próximo proceso electoral presidencial del 2006.

La integración del IFE sin que los partidos tomaran en consideración la valía y calidad del propio Instituto o, incluso, sin que cuidaran las mínimas pero esenciales formas legales, produjo un desafortunado inicio del nuevo Consejo. La *partidización* del árbitro a través de cuotas preasignadas en el órgano de dirección representa un retroceso muy severo para la credibilidad y la imparcialidad del Instituto. Con ello, la democracia mexicana corre el riesgo de una futura crisis de legitimidad.

En los regímenes emanados de transiciones en América Latina, los efectos de la falta de liderazgo y la recesión económica han decepcionado a impor-

1 Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz, México, 1986, p. 46 (mi subrayado).

2 Véase “El IFE en la opinión pública”, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, Cámara de Diputados, LIX Legislatura, México, octubre 2003.

3 Mauricio Merino, *La transición votada. Crítica a la interpretación del cambio político en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

tantes sectores de la ciudadanía con el funcionamiento de la democracia.⁴ De hecho, la confianza en la democracia no es un bien imperecedero, y al contrario, puede erosionarse si no se le protege y fortalece. En México se ha logrado conservar la confianza, pero el país no puede darse el lujo de tener como eje de su sistema electoral a un IFE desacreditado o bajo sospecha. Sin el Leviatán electoral, existe el peligro de un retroceso al periodo en el que, al vivir “[los hombres] sin un poder común... se hallan en la condición o estado que se denomina guerra”. En el ámbito electoral, esto significa también la ley del más fuerte, sin legalidad o legitimidad. —

— EMILIO ZEBADÚA

POESÍA

Las dos edades de un poema

*Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura...*

A una joven que se acerca

Tú vienes, tan ligera
como el ángel que va de rayo en rayo
de sol sobre la hierba,
que apenas si se entera
cuando ya fue y no está ni en es ni en era.

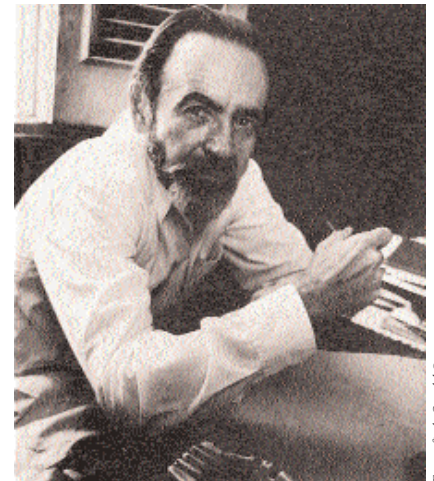
¿Y no te vi otra vez
viniendo así, aunque entonces bien distinta?
¿O será que tal vez
la misma joven pinta
su propia luz y siendo ya es distinta?
¿Qué sabemos los viejos
de tan dulce, fugaz advenimiento?
¡Quedó todo tan lejos
y apenas un momento
cruza tu aroma en el temblor del viento! —

Entre los poemas que prefiero hay uno que me sé de memoria y que, sin embargo, tengo que leerlo para darme cuenta de cómo debo decirlo. Suelo decirlo, en la memoria, de

oído, sin tomar en cuenta la forma en que está escrito. Siento que, pese a ser este poema uno de los que vienen a mí, no acabo de hacerlo mío si no lo releo. Está escrito en liras y yo, lector de San Juan y de Fray Luis, lo digo mal —como lo hago con Fray Luis y San Juan, por otra parte. Pienso que no lo hago mío, no porque no lo sienta, sino porque no tengo la suficiente madurez de lector para decírmelo en el complejo *tempo* en el que está escrito: le pongo otra música, lo digo muy rápido, como si el caminar de la joven le contagiara juventud a los verbos, como si la primera estrofa tiñera con su ángel de ligereza el resto.

Eliseo Diego tiene innumerables poemas de escritura más astuta, en el mejor sentido de esa palabra, el de la astucia al servicio de la sabiduría, y sin embargo creo que los escucho mejor en la memoria, aunque sin recordar tampoco puntos y comas. En la manera de cómo me digo este poema en voz baja puede ser que influyan muchas cosas: la disposición de las rimas, el que las dos últimas liras estén juntas y la primera solitaria (quizás porque tiene un verso suelto), la cantidad de verbos en un verso, los encabalgamientos de dulces aliteraciones... cosas que por supuesto son parte de las razones ocultas que hacen que me guste, que sea para mí como un bálsamo para seguir. Pero quizás lo que me falte es edad, pese a lo que diga esta cifra: 55 años, y todo sea cuestión de envejecer un poco, de sentir la juventud más alejada, y más dolorosa su ausencia. Entre la edad y la saltarina ligereza de la joven que se acerca y la mirada profundamente cargada del poeta, está la forma y la velocidad que requiere la dicción interna de este poema; y yo a veces suelo ser más

juvenil de lo que me corresponde. El primer verso, por ejemplo, es un verso de dos edades: antes de la coma están los sesenta y un años del poeta, su lejanía espacial pero sobre todo temporal



Eliseo Diego, “maestro de la palabra en el tiempo”.

con respecto a la joven; después de la coma, la ligereza de la muchacha. Al decirme este verso, muy pocas veces recuerdo la pausa de la coma y lo digo de corrido, en vez de decirlo así: “Tú vienes, tan ligera”; al recordarlo sin la coma, no siento mi edad, ni admiro tanto como debería la agilidad en cámara lenta con que se enroscan las palabras que vienen después y que reproducen, probablemente, el caminar de una adolescente y que son como las aguas que tropiezan con las rocas para formar un remolino que ya presiente el precipitarse: “... tan ligera / como el ángel que va de rayo en rayo / de sol sobre la hierba”. Aquí el poema se aquieta otra vez para volver a tornarse una sucesión de saltos sentidos, no por la joven, “que apenas si se entera / cuando ya fue y no está ni en es ni en era”, si no por alguien que ha sufrido el paso del tiempo y que, por contraste, adora la ligereza. El final de esta estrofa abre una pausa considerable, sobre todo después de los versos sin comas, los cuales, más que reproducirla, son la juventud que pasa. El último verso obliga a una reflexión asombrada y a posteriori, ante la acumulación de tiempos que nos dan justo su contrario: la fugacidad del encuentro. La primera vez que leí “A una joven que se acerca”, la estrofa inicial me capturó de tal manera que la repetí innumerables veces antes de pasar a la segunda parte del poema. Creo que merece la pena repetirla innumerables veces:

“Tú vienes, tan ligera / como el ángel que va de rayo en rayo / de sol sobre la hierba, / que apenas si se entera / cuando ya fue y no está ni en es ni en era.” La joven ilumina lo que roza y lo hace, además, involuntariamente, por naturaleza, sin enterarse, como un ángel; salvo “cuando ya fue y no está ni en es ni en era”. Diego es un maestro de la palabra en el tiempo, con el verbo ser –auxiliado por el estar, el más estático de los verbos–, nos da esta aparición de la gracia que me recuerda: “Mil gracias derramando / Pasó por estos sotos con presura.”

En el *Libro de quizás y de quién sabe*, libro de ensayos tan cortos como deliciosos, hay uno titulado “Los dos extremos del eje”, en cuyo principio nuestro autor se adentra en el secreto de dos estrofas del *Cántico espiritual*: la catorce y la veinte (“Mi amado, las montañas, / Los valles solitarios nemorosos, / Las ínsulas extrañas, / Los ríos sonoros, / El silbo de los aires amorosos.” “A las aves ligeras, / Leones, ciervos, gamos saltadores, / Montes, valles, riberas, / Aguas, aires, ardores, / Y miedos de las noches veladores.”) Después de las dos estrofas escribe: “Parece que estuvieran ante nosotros todas las cosas y criaturas de la Creación en el reposo de sus nombres.” En efecto, la ausencia de verbos, y por lo tanto de acción, nos lleva al éxtasis, a la quietud, a la ausencia de tiempo que supone la contemplación de lo divino. El mismo Diego tiene un poema llamado “Tesoros”, que para mí trata literalmente de un desván o una covacha, en donde no hay verbo alguno, que busca producir la misma sensación estática de contemplación que producen las dos estrofas de San Juan, esta vez, “a lo humano”, concentrada en la fascinación de unos cuantos objetos que definen el tiempo detenido de la infancia. “Tesoros” es una corta enumeración hábilmente desordenada de nombres, del “laúd” a la “pelota”, y de espacios en blanco que, reforzados únicamente por comas, el peón de los signos, resultan en una de las más notables demostraciones de la eficacia de la humanidad, de lo que se puede hacer con unas po-

cas palabras bien dispuestas, precedidas todas por el artículo indefinido, que nos aleja casi siempre de la pompa y de la solemnidad:

Tesoros

Un laúd, un bastón,
unas monedas,
un ánfora, un abrigo,

una espada, un baúl,
unas hebillas,
un caracol, un lienzo,
una pelota. —

Tesoros no sólo es cronológicamente anterior a “Una joven que se acerca”, sino que anticipa, por contraste, creo que por un buscado contraste, el último verso de nuestra estrofa, que abunda en tiempos verbales y carece de sustantivos y que nos da la acción pura, la máxima energía que se condensa en un instante indeleble que desaparece.

Con esta conmoción empieza la parte final del poema. Está formada por dos liras continuas, con las rimas dispuestas como las de Fray Luis y San Juan, que me suelen venir separadas, traicionando así la forma en la que su autor quería que fuera aprehendido el poema: “¿Y no te vi otra vez / viniendo así, aunque entonces bien distinta? / ¿O será que tal vez / la misma joven pinta / su propia luz y siendo ya es distinta?” Una vez que la joven desaparece, se une en la ausencia con otra, remota en el tiempo pero quizás la misma, o idéntica, no en su apariencia, sino en su aparecer, en su calidad de fuente de luz siempre distinta pero propia, en su eternidad juvenil, que lleva en su esencia la mutación pero no el envejecimiento. Esta lira está formada por dos preguntas que nos dan el pasmo, la semilla de incredulidad que deja como rastro todo advenimiento y cuyos dos endecasílabos riman en la misma palabra significativa: “distinta”, con la que culminan las dos interrogantes de la lira.

La última lira del poema está escrita



Tu mejor opción

esta
navidad
y siempre

Grandes
descuentos
esta temporada

¡Visítanos
te sorprenderás!



www.casadellibro.com.mx
ventas@casadellibro.com.mx
Tel. 5661.99.71

plenamente desde la vejez, y, como la anterior, está dividida en dos partes: una iniciada por una interrogación, nada rotunda, en donde dulcísimoamente dominan las des y otras consonantes muy suaves (“¿Qué sabemos los viejos / de tan dulce, fugaz advenimiento?”) y la otra, acorde con el espíritu del poema, trazada con una adolorida, aunque agradecida admiración: “¡Quedó todo tan lejos / y apenas un momento / cruza tu aroma en el temblor del viento!” Los tres últimos versos dan alas de levedad a la aparición y a la desaparición. En éste, como en muchos poemas, Eliseo Diego es un maestro en el arte del aparecer y en el del desaparecer, que en su poesía suelen ser uno solo. —

— ANTONIO DELTORO

MIEDO

Por un cine sin escapatoria

Ser aficionado al cine de terror se acerca al tormento. Pero no al que podría implicar sentarse frente a la proyección de alguna obra maestra del género. Ese sufrimiento sería bienvenido. El martirio por el que atraviesa cualquier fanático es, precisamente, la falta de tortura. Retratar el mal en la pantalla grande se ha convertido, con el paso de los años, en una labor casi imposible. Los que disfrutamos del buen cine de terror asistimos a las salas de cine esperando sólo un sobresalto, un buen susto, *algo* —un sonido, una imagen— que nos invite a seguir el reflejo de cerrar los ojos. Dos horas después, el resultado es, invariablemente, una decepción: me apena confesar que han pasado años desde la última vez que una cinta de terror logró estremecerme. Supongo que no soy el único.

¿En dónde radica la dificultad de retratar el mal en el cine? La pregunta ha sido motivo de innumerables charlas de café acompañadas del último ejemplar de *Fangoria*, la gran revista del *gore*. La respuesta es, quizá, la necesidad imperiosa de la industria cinematográfica de llevar todo a buen término, de asegurar

el triunfo del bien sobre el mal. Nada hay peor, para quien gusta del cine de terror, que la victoria del bien. Nadie que se precie de disfrutar el género quiere, en realidad, que triunfen los buenos, los que no traen el largo machete, los que no tienen cuchillos por dedos ni vomitan tras un giro de cabeza. Pero siempre termina siendo lo mismo: la dama en peligro logra escapar, el muchacho que milagrosamente sobrevive alcanza a derrotar al enemigo, y los espectadores, al menos los que de verdad apreciamos el género, salimos de la sala habiendo tragado, una vez más, la fórmula de siempre.

Hay, al fin y al cabo, una absoluta falta de compromiso con la realidad. En verdad no es mucho pedir: bien valdría la pena seguir las leyes de la lógica. Con tal de redondear la fórmula narrativa, los villanos del cine de terror pasan de ser genios invencibles a oligofrénicos absurdos. Pensemos, por ejemplo, en el “organismo perfecto” de *Alien*, de Ridley Scott. ¿En qué oblonga cabeza cabe descender lentamente de aquel metálico escondite, dando, así, la oportunidad de venganza a la temblorosa teniente Ripley? Si la lógica hubiera ganado, el dentado animalazo debió haber terminado, no con seis, sino con los siete tripulantes del *Nostramo*. Pero no: el final feliz, o al menos esperanzador, tenía que imperar.

Por eso se agradece el cine de Michael Haneke. Basta recordar *Funny Games*. Ahí sí que no hay duda: los malos ganarán; pase lo que pase, se saldrán con la suya. La pequeña familia alemana no tiene salida: el plan de los dos elementos de guantes blancos es perfecto y el desenlace seguro. Nadie llegará a salvar a los angustiados padres ni al aterrado niño; ningún vecino providencial aparecerá de la nada; ninguna llamada milagrosa salvará la tarde. Ésa, por desgracia, es la auténtica naturaleza del mal: generalmente, la vileza logra su cometido y, a veces, lo hace sólo porque sí, sin buscar recompensa alguna. Una mente retorcida siempre será más astuta que una con los cables bien conectados. Y eso es lo que el cine de terror merece-



El octavo pasajero.

ría: un paseo por los engranes verdaderos de la maldad. Porque en la vida real no hay escapatoria, y eso es lo que resulta, a final de cuentas, realmente aterrador. —

— LEÓN KRAUZE

ALCOHOLÍMETRO

Una noche en los separos

Como muchos jueves, el último de octubre nos reunimos en la cofradía Vladimir Nabokov para jugar ajedrez. Tres horas después y luego de unas cervezas, una cena abundante y una derrota a cuestras, tomé el auto y me dirigí a otra hermandad —ésta de agricultores que cultivan mezcal— que, para mi mala suerte, también sesiona los jueves, noctívaga, en la estupenda cantina El Covadonga. Ahí se habla de muchos temas, pero uno ha sido recurrente en las últimas sesiones: el de la revisión alcohólica a los conductores. Yo decía que no había lugar para la preocupación —*bakuna matata*—, pues la revisión sólo era los fines de semana. Ingenio.

Cerca de las dos de la mañana regresaba a casa oyendo al viejo Van Morrison. Busqué la avenida Álvaro Obregón y al llegar a Cuauhtémoc doblé a la derecha; tomé los carriles de baja velocidad para detenerme en un Oxxo y comprar cigarrillos. De pronto, casi de la nada, surgieron luces, patrullas, motociclistas... Aminoré la marcha, pensando que se trataba de algún acci-

dente, pero cuando vi que se dirigían hacia mí algunas personas con bata blanca, caí en cuenta que se trataba del operativo de revisión alcohólica.

En El Covadonga bromeábamos diciendo que no deberíamos hacer el examen pues podríamos descomponer el aparatito. El resultado de la prueba fue contundente: .08. Un oficial me conminó a abordar la patrulla y una mujer, que decía trabajar para el gobierno del DF, me aseguraba que no había de qué preocuparse: mi auto estaría seguro en algún corralón de la ciudad y el juez decidiría mi sanción; me decía también que no habría multa económica. Logré llevarme el libro que traía en el maletín. Intuía que las horas serían largas.

Todas las patrullas a las que he subido tienen el mismo olorillo indefinible, las puertas traseras sin manija de apertura adentro, los vidrios arriba y una radio gangosa emitiendo instrucciones en clave.

Pasó cerca de media hora y me impacienté. Logré llamar la atención de un poli; le pregunté cuándo nos iríamos y si podría salir a orinar. Luego de consultarlo con un superior pude desahogar mis necesidades, ahí, en la vía pública, medio oculto por la grúa... violando otro reglamento. Sonreí para mis adentros.

Por fin nos fuimos a la delegación. El médico me hizo algunas pruebas –hacer cuatros, levantar los brazos a cierta altura– y dictaminó de seis a ocho horas de reclusión. El juez al parecer estuvo en desacuerdo y fue a la oficina médica. Discutieron en voz alta. “Uy, señor –me dijo un poli–, se me hace que el juez quiere echarle más.” Fueron doce horas. Un acceso de ira me invadió, aquello significaba –síndrome del encierro– perder una buena parte del día siguiente. Me ofrecieron hacer llamadas telefónicas, pero decliné para la mañana siguiente.

Me asignaron un separo en los sótanos de la delegación, ocupado por alguien tendido en la cama individual. Las literas estaban libres, y mientras ocupaba la de abajo alguien me preguntó la hora. Era El Publicista, un joven

de treinta años, mi compañero de separo. Hablamos con fruición unos minutos y entonces caí en cuenta de que no traía cigarrillos –desazón, desvalimiento– pero, oh felicidad, El Publicista tenía, y me regaló el primero. Hacia las cuatro de la mañana me tendí en la litera y me adormilé. Creí escuchar algún movimiento en la celda de al lado. “Trajeron a otro”, alcancé a oír que decía El Publicista.

Me despertaron varios ruidos hacia las siete y media. Una mujer limpiaba con energía el pasillo de las celdas. La *cruda* era casi imperceptible, y de lo que tenía ganas era de un baño caliente, un desayuno opíparo e ir a la oficina. Un rato después bajaron algunos funcionarios de la delegación que relevaban al turno anterior. Más tarde nos dieron una “cajita feliz”: un sándwich, un *Boing* y un chocolate *Bocadín*. ¡Faltaban siete horas para salir de ahí! Luego de conversar un rato con El Publicista tomé el libro y me concentré en la lectura.

Hacia las once de la mañana nos subieron a la delegación, a la oficina de uno de los secretarios, quien aparentemente confundido pensó que íbamos llegando y nos quiso enviar a El Torito. Además de este reportero y El Publicista había presencia El Abogado, que había lle-

gado a las cuatro de la mañana. Alarmados, le dijeron que estábamos desde la noche anterior y que el juez ya había tomado una determinación. Hasta donde entendí, El Torito es una cárcel por los rumbos de Tacuba donde ingresan los que estarán detenidos más de doce horas. Cerca de ahí está La Vaquita, una cárcel para mujeres.

Nos recluyeron en un separo ahí mismo, frente a la oficina de la juez y el escritorio del mecanógrafo. Entonces hizo su aparición un funcionario del gobierno del DF, quien decía estar ahí desde la noche anterior y que no se iría hasta que el último de nosotros abandonara los separos. Su función era sencilla: cuidar que la autoridad no nos extorsionara y que nosotros no la sobornáramos.

Al mediodía se fue El Publicista, no sin preguntarnos si necesitábamos algo –la conmovedora solidaridad que despierta el encierro. De tanto en tanto conversábamos con El Funcionario sobre el tema obligado: yo le decía que estaba de acuerdo con la revisión –alegar violación a las garantías podría permitir ampararse ¡contra el reglamento de tránsito!–, siempre y cuando no se olvidara la idea: evitar accidentes, no encarcelar gente; le decía también que me parecía antieconómica, ¿qué tiene



Punto y segundo

Cartelera de Educación Continua

CURSOS

- ↑ VISUAL BASIC (BÁSICO)
- ↑ FLASH (BÁSICO)
De 9 a 14 hrs.
- ↑ LENGUAJE "C" (BÁSICO)
- ↑ EXCEL XP
De 15 a 20 hrs.
Del 8 al 12 de diciembre

↑ LENGUAJE "C"
(INTERMEDIO)
De 9 a 14 hrs.

↑ VISUAL BASIC
(INTERMEDIO)
De 15 a 20 hrs.
Del 15 al 19 de diciembre
capacita@ipn.mx
Tel. 5729 6000, Ext. 51419
Dirección de Informática

↑ CURSO TEÓRICO-PRÁCTICO
"FUNDAMENTOS DE
CROMATOGRAFÍA DE GASES
PROPAGACIÓN DE PLANTAS
ORNAMENTALES QUE
ADORNAN CURAN Y/O
ALIMENTAN

Inscripciones abiertas
ceprobi@ipn.mx
Tel. 5729 6000, Ext. 82500
CEPROBI

↑ MISCELÁNEA FISCAL 2004
↑ NORMATIVIDAD EN LAS
TELECOMUNICACIONES
↑ SISTEMAS SATELITALES
↑ DE CHANGARROS Y
AUTODEMPIO (PLANEACIÓN
Y REALIZACIÓN)

Inscripciones abiertas
Tel. 5729 6000, Ext. 64624
CFC, Allende

MUSEO

↑ CENTRO DE DIFUSIÓN DE
CIENCIA Y TECNOLOGÍA,
TEZOZÓMOC

Exposición Permanente
De lunes a viernes,
de 9 a 18 hrs.
Tel. 5729 6000, Ext. 64801
Centro de Difusión de Ciencia y
Tecnología, Tezozómoc

TELEVISIÓN

Ciclo: Una Ventana al Conocimiento

- ↑ ¿POR QUÉ TIEMBLA?
15 de diciembre, 9 hrs.
- ↑ METAL BÁSICO PARA
LA TECNOLOGÍA MODERNA
17 de diciembre, 9 hrs.
- ↑ NUESTRO MEDIO
AMBIENTE I
19 de diciembre, 9 hrs.

Ciclo: Secretos de la Ciencia

- ↑ EL MUNDO DEBAJO
DE LAS OLAS
11 de diciembre, 9:30 hrs.
- ↑ IMÁGENES A TRAVÉS
DEL AIRE
18 de diciembre, 9:30 hrs.
www.te.ipn.mx
Tel. 5729 6000, Ext. 54834
Sistema Educat, Canal 11
Dirección de Tecnología Educativa

Diciembre

carteleraipn@ipn.mx

Secretaría de
Educación
Pública

CARTELERA DE EDUCACIÓN CONTINUA

La Técnica al Servicio de la Patria

Poniendo a México al día y a la vanguardia



que estar haciendo uno a las doce del día en una celda minúscula, viendo pasar denunciante, policías, abogados y detenidos? La ley tendría que ser orientada por otros criterios—el médico había indicado de seis a ocho horas, más que suficientes para eliminar .08 mg de alcohol—, y no por la moral—castigar ejemplarmente. El funcionario discrepaba, decía que la reclusión era necesaria para que el detenido reflexionara. Lo puse en un brete cuando le pregunté qué iban a hacer en las posadas. “Sí—aceptó—, esto se va a llenar de gente.”

Al parecer la delegación desarrollaba un operativo contra los vendedores en los vagones del metro, porque como a las 13 horas empezaron a llegar por pequeños grupos. Las dos celdas contiguas se llenaron y pusieron a dos de ellos en la nuestra. No tardó mucho El Funcionario en percatarse de esto y le pidió a otro de la delegación que sacara a los vendedores de nuestra celda. “No se deben mezclar detenidos”, me dijo. El Abogado me explicó que eso estaba bien. “Nosotros estamos aquí a la vista de todos y no hay bronca. Si estuviéramos en los separos de abajo, éstos no pueden chingar.”

En las dos horas siguientes recibí un curso intensivo sobre cultura penitenciaria, aderezado con historias sorprendentes. El Abogado era un experto y buen charlista (tip: hay que evitar las delegaciones Coyoacán y Álvaro Obregón, cuyas celdas son heladas). Al acercarse el tiempo de nuestra salida el cinismo afloraba: “Órale lic, nuestra preliberación—le decía El Abogado a El Funcionario—, ya cumplimos el noventa por ciento de la condena”. El Funcionario reviraba: “Relajados y con ganas de ayudar”, algo así como flojitos y cooperando.

Salí exactamente a las 15. Afuera había una tarde aburrida y fría. Busqué un taxi y nos detuvimos en una tienda de conveniencia, donde compré cigarrillos y una cerveza, que tomé lentamente mientras nos internábamos en el tránsito de la ciudad. —

— HUGO VARGAS